



Universidad de
los Andes

Discurso Rector José Antonio Guzmán C.

Acto Aniversario Universidad de los Andes
Santiago, 7 de septiembre de 2018

En esta fiesta de aniversario de nuestra Universidad, quisiera comenzar estas palabras refiriéndome a nuestra invitada de hoy, la destacada académica Chantal Delsol. Ha sido llamada “la mujer que defiende lo indefendible”. Como delata su nombre y su acento, es francesa; como delata la fuerza de sus ideas, es filósofa e historiadora política; como delata su pluma, es una destacada novelista. La profesora Delsol ha sabido conjugar con notable armonía la capacidad de influir tanto en la discusión académica como en el debate público. Además de ser fundadora del Instituto Hannah Arendt, miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia y autora de una extensa bibliografía en filosofía y pensamiento político, participa activamente en el debate público francés y europeo por medio de sus columnas en el diario Le Figaro, el semanario Valeurs Actuelles y el medio digital Atlántico. Esta trayectoria la ha convertido en una de las intelectuales francesas de mayor renombre en la actualidad. Es un honor que esté aquí, y le agradecemos mucho haber cruzado medio mundo para celebrar este nuevo aniversario con nosotros.

Nuestra Universidad fue fundada en 1989, una fecha particularmente simbólica porque, con la caída del Muro de Berlín, se iniciaron en el mundo una serie de transformaciones inéditas en la historia el siglo XX. A ellas se sumaron cambios impensados en el campo de la tecnología y las comunicaciones, de manera que, aunque no ha pasado tanto tiempo, el mundo de hoy es muy diferente del de entonces. Esta ola de cambios afecta, ciertamente, a las universidades, que se ven enfrentadas al desafío de vivir en una época caracterizada por la precariedad.

En un aniversario como éste, que invita a la reflexión, podemos preguntarnos: ¿está la Universidad de los Andes preparada para enfrentar los cambios que vienen, que al decir de algunos ponen a las instituciones de educación ante la disyuntiva de adaptarse o morir, en una especie de selección natural que traería consigo la llegada de una nueva era?

Me parece que la respuesta no sólo debe ser afirmativa, sino que nuestra Universidad está en buenas condiciones para hacerse cargo de esos retos. Quisiera dar dos razones para avalar esta afirmación.

La primera tiene que ver con su estructura de gobierno. Nuestro gobierno en el que la Junta Directiva juega un papel central, común a muchas de las mejores universidades del mundo, tiene grandes ventajas para afrontar los desafíos del cambio. La Junta designa al Rector y vicerrectores y confirma el nombramiento de los decanos. Esto permite trabajar con visión estratégica, donde lo relevante es el bien de la Universidad, por sobre los proyectos personales de quienes, en un tiempo determinado, ocupan un cargo. Se gobierna de modo colegial, lo que significa que las políticas adoptadas se mantienen a lo largo del tiempo y no quedan entregadas a la inspiración del momento. Sólo de esa manera se pueden afrontar los cambios del entorno sin perder el propio rumbo.

Hay, además, un segundo factor que contribuye a que se pueda trabajar a largo plazo, y es la adhesión de la Universidad a un ideario común que inspira todo su quehacer. Solo quien tiene clara su identidad está en condiciones de adaptarse y de ser flexible sin perder su propio carácter. Tener un ideario no es un lastre, sino una inapreciable ventaja comparativa, pues lo que une a las personas que actúan en ese tipo de instituciones no es la simple casualidad, sino el hecho de tener un propósito común.

Como ha destacado el profesor Svensson, en otras oportunidades, el pluralismo es una nota que se predica de todo el sistema universitario, y no implica que en cada institución coexistan todas las cosmovisiones posibles. Si así fuera, se vería afectado el carácter pluralista del sistema, pues todas las universidades serían muy semejantes. El hecho de que existan universidades con ideario hace que el pluralismo sea una realidad. Por otra parte, el sistema entero gana en transparencia, pues adquiere la ventaja de contar con actores que hacen explícitas las bases que apoyan su visión del mundo. De este modo se evitan las agendas inconfesadas, esas que están presentes, pero se ocultan en pretextos de neutralidad.

El ideario compartido entrega una base mínima: unos puntos, como el valor de la dignidad humana y la apertura a la trascendencia, que orientan nuestro quehacer universitario. No constituye una restricción a la libertad de los académicos porque ellos –dentro de las muchas oportunidades laborales que tienen en virtud de su buena calificación científica– vienen a la Universidad de los Andes para realizar una labor académica precisamente sobre esas bases. Ahora bien, esa base común proporciona solo unas orientaciones generales, y no pretende tener una respuesta –y menos una respuesta unívoca– para la totalidad de las cuestiones que se plantean en el ejercicio de una determinada disciplina. Son los profesores mismos los que irán buscando las formas concretas de resolver los problemas que plantea cada ciencia en el marco de esos principios generales.

La base que proporciona el ideario es compartida por profesores y administrativos. En el caso de los alumnos, ellos vienen a nuestra casa de estudios por razones muy diversas, y no se les pide que la hagan suya, aunque sí que la respeten. En todo caso, para ellos el ideario constituye una gran ventaja formativa. En efecto, el hecho de tener la oportunidad de recibir una buena formación ética y de conocer la herencia intelectual propia de la cultura cristiana los ayuda a entender mejor nuestra historia y la cultura que les rodea.

La celeridad de los cambios de que somos testigos puede llevar a las instituciones a adoptar dos posturas erradas. La primera, es cerrarse a ellos, rechazarlos en bloque so pretexto de que amenazan la identidad. En ese caso, la institución universitaria renuncia a su misión más propia y niega su historia, pues no fue esa la actitud de los grandes maestros del Medioevo, cuando recibieron la obra de Aristóteles y se enfrentaron a la necesidad de discernir el valor de una obra científica exclusivamente pagana, o la actitud de Vitoria y otros autores de la Universidad de Salamanca, que respondieron al desafío de dar criterios para los inéditos problemas que traían consigo la conquista y evangelización del Nuevo Mundo. No: la universidad no puede cerrarse a los cambios, debe iluminarlos.

Ahora bien, junto con el error anterior puede darse otro, mucho más frecuente en nuestros días, que consiste en asumir de modo acrítico las modas del momento, lo que lleva a la universidad a transformarse simplemente en un instrumento al servicio de los poderes dominantes. El resultado aquí es semejante al anterior, porque también en ese caso la institución universitaria abdica de su labor de discernimiento y guía de los cambios históricos.

El hecho de contar con un ideario, –y no cualquiera, sino uno que ha inspirado durante milenios nuestra cultura– proporciona, a la vez, una base sólida y una enorme libertad de espíritu para recibir los cambios, acoger todo lo que en ellos hay de bueno y constructivo, y advertir aquello que no contribuye al bien del hombre, a cuyo servicio está la institución universitaria.

Mucho ha cambiado y está cambiando nuestra sociedad, y por eso hoy resulta más urgente que nunca contar con proyectos como este, que un grupo de personas con visión de futuro y alma grande comenzó hace casi 30 años.